

EN TORNO A LA INFANCIA EN ESCENA

Graciela Montes, Escritora

Cuando Esteban Levin el autor, me sugirió participar de esta mesa*, me pregunté si podría entretenerme en este contexto, si cabría el discurso de un escritor de ficción en el escenario más bien técnico, incluso académico que plantea el libro. Está claro que los narradores, los fabricantes de historias artificiales, los “ficcionalistas” tenemos otra manera de nombrar el mundo, preferimos rodear las cuestiones, los temas y los personajes antes que definirlos, más bien tendemos a sobarlos, a demorarnos deliberadamente en los bordes.

Nos gustan los laberintos y, cuando vislumbramos alguna salida, es siempre hacia otros laberintos y nunca, jamás, hacia las ideas claras y distintas que quería Descartes, siempre hacia la ambigüedad y la polisemia, que son el modo que tenemos los que escribimos de vernos con la traición inevitable de las palabras.

Pero luego, cuando leí el libro, que me dio mucho placer, me di cuenta de que había sin duda una fisura, una grieta por donde se podían ir colando uno en otro los discursos. Es más, me di cuenta de que Levin y yo teníamos un piso en común: por un lado, los dos creíamos en la virtud fundante del verbo o el nombrar, el contar y, por otro lado, nos instalábamos en la frontera, en ese borde de desfiladero en el que se desarrolla el encuentro doméstico y cultural de los grandes con los chicos.

Cuando leí la cita de Lacan “el destino es el encuentro de un sujeto con una letra” y que “es siempre el Otro el que la inscribe” me sentí en mi territorio (al fin y al cabo me he dedicado durante muchos años a “contar” y a “contar a niños”, o sea a “contar la infancia”). Me dije, entonces, que bien podía venir aquí a tirar una hebra y tejerme, de alguna manera, con el discurso que hoy venimos a presentar.

Estuve pensando un poco en qué podía aportar a la trama y por fin me decidí. Me pareció útil traer a esta reunión dos cosas que son de órdenes diferentes: un ogro y un hilo.

La figura del ogro es un gran aporte a la cultura de los cuentos para niños. Cuando de infancia se trata, eso nos dicen, el Otro, el querido y necesario Otro, el que nos dice quien somos con su mirada, el que nos nombra la vida, se suele convertir en el ogro. Aunque, claro está, bienvenido el ogro, porque peor, mucho peor, es no ser mirado, no ser nombrado, ser sólo una cosa. Por eso Pulgarcito no duda cuando llega el momento de elegir. Por un lado, está el bosque hostil, espeso, negro y, por el otro, lo que es, irónicamente, el único refugio, la casa del ogro comeniños. La escena es dramática y perentoria. Perrault lo pinta con claroscuros muy contrastantes, Pulgarcito razona, piensa en el bosque oscuro, en el bosque sin nombre y

concluye, con toda seriedad: “Preferimos que sea el señor el que nos coma”. Entre la orfandad y el ogro, elige el ogro. No es una elección trivial. Pulgarcito elige la humanidad y la cultura.

En realidad, no hay como un buen ogro para entender la infancia. Y eso era lo que quería aportar aquí, la cara oscura del Otro: el ogro. Recordar que, en los tratos con la infancia, siempre está presente la cuestión del poder. El ogro, tan inmenso, tan enojado, tan hegemónico, tan voraz, y tan amnte en última instancia porque los ogros aman a los niños (la prueba está en que no pueden vivir sin ellos) sirve muy bien para entender la infancia como minoridad, confianza y dependencia.

Tal vez sea bueno tenerlo presente, recordar que, cuando en lugar de nombrar, ejercemos la palabra, cuando en lugar de nombrar colonizamos, cuando nos arrogamos el derecho exclusivo de llenar y vaciar los espacios de palabras, de retar, indagar, recomendar y explicar hasta el aniquilamiento, y hasta invadimos groseramente los mundos imaginarios de los chicos fabricando cuentos didácticos, siempre, indefectiblemente, aparece el ogro.

Por eso pensé en traer también un talismán contra la ogridad: el hilo.

* Acto de presentación del libro *La infancia en escena*, de Esteban Levin.

Cuando era chica mi abuela jugaba conmigo el juego del hilo: recogía un piolín del suelo, anudaba los extremos, metía las dos manos en el círculo que se había formado, las extendía todo lo que el hilo lo permitía y, con las palmas y los dedos, empezaba a tejer: hacía una cuna y me la ofrecía. Poco a poco fui aprendiendo a quitarle el hilo de las manos transformando la cuna en catre, después ella metía las manos en mi catre, que dejaba de ser catre y se convertía en las vías del ferrocarril y después, al recuperarlo yo, en cruz, luego en estrella, y de nuevo en cuna.

Mi abuela y yo compartíamos algo, un cuento mudo, un mundo imaginario, precario, frágil, que no estaba adentro de mi abela, ni en mis adentros, ni tampoco era cosa del mundo del afuera. Estaba en el borde, en una zona de encuentro casi fantasmal, en un círculo mágico inmensamente libre. Habitábamos juntas durante un rato, deliberadamente, porque sí, una fantasía.

El del hilo no es un discurso dirigido, no va derecho hacia la meta, como si fuera peligroso distraerse del camino. El del hilo es un discurso redonde, un juego peligroso en el que, para sobrevivir es obligatorio perderse. En esa zona de peligro y libertad, el hilo y el peligro pasan de mano en mano.

El papel de tejedor de hilos es más complejo y posiblemente menos prestigioso que el del ogro, pero tiene una ventaja grande: es una construcción típica de frontera, que cree en el borde, en esa tercera zona que tan luminosamente dibujó Winnicott, y trabaja para ensancharla. Y esto viene a cuento porque el libro que presentamos hoy, está, sin duda, en la delicada esfera del hilo – a este orden pertenece -, e instala una mirada, respetuosa y apasionada, sobre ese fragil y deslumbrante borde que nos dibuja para hacernos personas.